

La educación en debate #81

Suplemento

junio
2020UNIVERSIDAD
PEDAGÓGICA
NACIONAL

Algunas lecciones del COVID-19

por Emilio Tenti Fanfani*

La vida educa. Y las situaciones catastróficas y excepcionales permiten ver y valorar cosas que en tiempos normales no podemos apreciar. Estas coyunturas conmueven rutinas, sentidos comunes, evidencias, seguridades, y nos abren nuevos horizontes. Se puede afirmar que estas situaciones extremadamente críticas, de alguna manera, “educan”. Aparecen paisajes nunca antes vistos, panoramas inéditos, relaciones ocultas, como por ejemplo la de la economía de mercado con la reproducción de la vida; fuerzas ambivalentes, como el desarrollo de la ciencia y la tecnología, que tiene consecuencias perversas en términos ecológicos o de libertades públicas, pero que también salva vidas. Desde este punto de vista, las catástrofes obligan a cambiar las categorías de percepción y a ver el mundo de otras maneras. Es lo que los viejos positivistas, fundadores de los sistemas escolares del Estado capitalista, llamaban “la educación de las cosas”, entendida como aprendizaje por experiencia, por contacto con el mundo, sin planificación, espontánea, sin pedagogía ni pedagogos, pero poderosa.

Esta es la educación que valorizaba Alberdi cuando escribía que la educación del pueblo era la fábrica, la ciudad; en síntesis, la vida misma. Cuando el campesino emigra a la urbe, el nuevo contexto lo obliga a cambiar su modo de ser y de hacer. Hasta está obligado a caminar de una manera distinta, a usar el cuerpo de diferente modo, ya que tiene que actuar junto con otros, en medio de otros y teniendo en cuenta permanentemente la presencia de los otros. En el pasado existía una “materia” o curso que se llamaba de “urbanidad”, con sus ma-

nuales correspondientes. Allí se intentaba formalizar la adopción de hábitos de conducta propios de la vida urbana.

La educación de las cosas que produce la pandemia del Covid-19 es una educación objetiva muy efectiva que genera cambios mentales, reestructura nuestras categorías de percepción, de valoración y de acción que se correspondían con estados previos de la vida social. Es una experiencia cargada de emotividad y de sentimientos;

de allí su eficacia práctica. Los cambios en la objetividad son múltiples, y abarcan diversas esferas de la vida social: se introducen límites a los movimientos de las personas en el espacio público, se paraliza la producción y el consumo, se restringen o prohíben los intercambios cara a cara, se fortalece la intervención del Estado, no solo en asuntos sanitarios sino también en todos los órdenes de la vida social, se aumenta el gasto público y se olvidan las políticas de austeridad,

ajuste y búsqueda incondicional del equilibrio fiscal, entre otras modificaciones significativas en el nivel estructural de la sociedad.

Pero estos cambios en la objetividad, que se pueden medir y observar casi como los fenómenos naturales, son acompañados por otras transformaciones, más lentas y difíciles de observar y medir, en el plano de la subjetividad de los agentes sociales, en sus modos de ver, pensar, apreciar y actuar. Estas modificaciones no son ni intencionales, ni resultado de una voluntad. Es educación sin programa. En relación con estos efectos, por ahora sólo se pueden hacer conjeturas basadas en indicios. Tampoco se puede predecir totalmente el sentido de estos cambios mentales. Sólo se puede decir que semejantes situaciones críticas conmueven las estructuras mentales que “funcionaban” en tiempos normales y que ahora no encuentran sustento en una realidad que objetivamente ya no es lo que era.

Las evidencias muestran que la pandemia está produciendo cier- →

CUADERNOS “SEGUIMOS EDUCANDO”

El aporte de la UNIPE

por Adrián Cannellotto*

La emergencia sanitaria modificó la vida de las instituciones educativas. Nos obligó a todos, desde las escuelas hasta las universidades, a repensar alternativas para acompañar a maestros, profesores y estudiantes, con el objetivo de sostener los procesos de enseñanza y aprendizaje. Los actores del sistema intentamos, con limitaciones y fragilidades, lograr una cierta continuidad educativa. A la vez, poner en el centro la asistencia a la salud, la manutención económica mínima para diversos sectores, el apoyo a empresas y la ayuda alimentaria son modos que encontró el Estado de proteger la vida frente a una pandemia y a una crisis que no afectan a todos de la misma manera, menos en un país tan marcado por la desigualdad y la pobreza. Las carencias por las que está pasando una parte muy importante de nuestros compatriotas se agravaron en estas circunstancias. La presencia estatal en este y otros temas resulta indispensable.

Son muchos quienes no tienen conexión a internet o carecen de tecnologías en sus hogares; una gran mayoría accede a ella sólo a través de teléfonos móviles, con las restricciones que imponen los planes y abonos de prepago que tampoco alcanzan a cubrir ciertos requerimientos de navegación. Limitaciones que, en una situación de aislamiento preventivo, se suman a las que ya imponen las necesidades básicas no satis-

fechas. En este contexto, el Ministerio de Educación de la Nación lanzó el portal “Seguimos educando”, complementado por una programación de emergencia en la televisión y la radio. Los ministerios de las provincias también dispusieron políticas y acciones específicas para atender las necesidades locales.

El sistema universitario es otro de los actores que realizan su aporte para enfrentar la crisis desatada a partir de la llegada del COVID-19. Por ejemplo, la Universidad Pedagógica Nacional (UNIPE) está articulando acciones con el Ministerio de Educación de la Nación para que un grupo de nuestros docentes –especialistas en la enseñanza de la matemática, la lengua y la literatura, las ciencias naturales y las ciencias sociales– se aboque a la producción de contenidos pedagógicos para los cuadernos “Seguimos educando”, que el Estado distribuye entre algo más de cinco millones de alumnos de todo el país. Para llevar adelante esa labor, la UNIPE también aportó la *expertise* de su equipo editorial. La urgencia marcó los tiempos de un trabajo a contrarreloj. Con la cuarta serie de cuadernos ya finalizada, estamos convencidos de que se trata de un aporte imprescindible para preservar el derecho a la educación de todos aquellos que, gracias a estas medidas, esta vez no quedarán excluidos. ■

*Rector de la UNIPE.

Silvia Carbone, *Dibujan solos* (Gentileza www.sitiodearte.com)

→ tos efectos perversos. Mientras el mundo se encamina hacia una recesión cada vez más profunda y aumenta constantemente el desempleo abierto (solo durante las últimas dos semanas de marzo y todo el mes de abril, hubo 30 millones de estadounidenses que solicitaron el subsidio por desempleo), los más ricos incrementan su riqueza. El diario italiano *La Repubblica* informó que Jeff Bezos, el hombre más rico del mundo y dueño, entre otras cosas, de Amazon y de *The Washington Post*, a mediados de abril había incrementado su riqueza gracias a la pandemia en la impresionante suma de 28 mil millones de dólares, alcanzando un total de 138,5 mil millones. Un aumento parecido registró la familia Walton, propietaria de la cadena de supermercados Walmart. Pero lo más sintomático es que según el índice Bloomberg Billionaires, los patrimonios netos, que tendían a disminuir a principios de este año, subieron en un promedio de 20% durante las primeras dos semanas de abril del corriente año. Resulta difícil de creer que, en medio de un empobrecimiento en muchos casos dramático de las mayorías, la pequeña minoría de los más ricos incremente su patrimonio. Pero no solo esto, los multimillonarios también tienen la capacidad de reconvertir sus inversiones en poco tiempo, como es el caso de Randall Waisenberg, accionista de Carnival. Mientras que la industria de los cruceros se venía abajo, tuvo la astucia de comprar títulos por 10 millones de dólares que le reportaron un aumento del 56% de su valor en el lapso de pocas horas.

La pandemia también produce efectos opuestos y contradictorios. Por una parte, multiplica las mues-

tras de solidaridad y generosidad, y por la otra, permite que afloren el individualismo y el egoísmo más extremos, como es el caso de la discriminación y las agresiones que sufren muchos médicos y enfermeros por parte

Las Ciencias Sociales son más útiles para explicar lo que sucedió o lo que está sucediendo que para prever el futuro.

de sus vecinos en los lugares donde habitan. Estas actitudes tan diferentes dan la razón a Maquiavelo cuando escribía que el ser humano es “mitad Dios y medio bestia”.

A partir de estos cambios en la objetividad y la subjetividad social, algunos pronostican la lisa y llana desaparición del capitalismo en su versión neoliberal, la emergencia de formas renovadas del Estado de Bienestar, un fortalecimiento de lo público y un achicamiento del mercado, una redefinición de las relaciones de poder en el interior de las sociedades nacionales y en el espacio mundial, un fortalecimiento de los Estados nacionales y un nuevo internacionalismo ciudadano que reemplazaría el globalismo de las grandes corporaciones transnacionales, en especial las financieras. Pero no hay que confundir nuestros deseos con la realidad de las cosas.

No está de más recordar que estos cambios en la objetividad de las cosas y en las mentalidades de los seres humanos ocurren antes de que los intelectuales los piensen. Los discursos vienen casi siempre después de los acontecimientos. Las Ciencias Sociales son más útiles para explicar e interpretar lo que sucedió o lo que está sucediendo que para prever el futuro. La pandemia, como cualquier otro fenómeno social objetivo, es ahora objeto de una lucha de interpretaciones, haciendo honor a la vieja ley sociológica que dice que lo único verdadero es que la verdad es objeto de lucha. Basta ver la catarata de interpretaciones, algunas de ellas extremadamente irracionales, que compiten por imponer una versión acerca del origen de la pandemia o las mejores estrategias para combatirla. Esta es otra lección que nos da la realidad y que bien podría ser incluida en la agenda de discusión de docentes y estudiantes del sistema escolar.

Otro fenómeno que este tiempo de excepción hace evidente es el carácter complejo y relacional que tienen los fenómenos sociales. Las catástrofes como las inundaciones y las pandemias nunca son completamente “naturales”. Aun cuando tengan un origen en el funcionamiento de la naturaleza, en muchos casos inciden en su irrupción las acciones humanas intencionales y no intencionales. Y siempre sus consecuencias se registran en diversos planos interrelacionados y profundamente sociales. Los higienistas del siglo XIX decían que las epidemias y los virus penetraban tanto en las casas de los más humildes como en los palacios de los más ricos. Esta constatación justificaba la intervención pública en materia sanitaria,

implantando por ejemplo la vacuna obligatoria. Pero la historia enseña que los virus y las bacterias causan más estragos en las categorías menos privilegiadas de la población. En Estados Unidos, la proporción de población negra que mata el Covid-19 es significativamente más elevada que la proporción que tiene esta categoría social en el conjunto de la sociedad estadounidense. Mientras los más ricos pasan la cuarentena en sus mansiones, propiedades rurales o incluso yates, los más pobres caen en el desempleo y sufren los rigores del hambre y la enfermedad. Esta también es una buena lección de Ciencias Sociales, que la vida nos da a todos, y en especial a las nuevas generaciones, y bien podría ser tema de discusión en los ámbitos de encuentro (tanto presenciales como virtuales) entre educadores y educandos y más allá del programa y de los contenidos curriculares formales de la escuela.

Una de las cualidades más conocidas de las situaciones de catástrofe es que aceleran ciertos cambios sociales que en tiempos normales tardarían mucho tiempo en verificarse, o simplemente no se producirían jamás. Como ejemplo basta un botón: el uso bastante generalizado, y en muchos casos improvisado y desigual, de las nuevas tecnologías de la comunicación para sostener la relación pedagógica. Este fue un tema muy discutido, muchas veces resistido y en todo caso siempre demorado. También existen otros cambios que probablemente impacten en dimensiones estructurales de gran relevancia social. Pero la probabilidad de que estos cambios económicos, políticos, sociales y culturales se produzcan y perduren en el tiempo dependerá por lo menos de dos factores interrelacionados:

a) La profundidad y duración de las situaciones críticas. Si estas son profundas, pero de corta duración, es probable que las sociedades vuelvan a restablecer los equilibrios previos. Si las emergencias son profundas y tienen una duración en el tiempo, es probable que los cambios lleguen para quedarse.

b) Las relaciones de fuerza, las estrategias y los desenlaces (difíciles de prever) de las luchas entre actores colectivos interesados en la restauración de los equilibrios amenazados por la catástrofe y los partidarios del establecimiento de un nuevo orden menos desigual, más democrático y más libre. Esta es también una oportunidad única para que la política entendida como deliberación y participación colectiva reivindique la primacía y limite las pretensiones hegemónicas de la economía para que esta vuelva a ser entendida en el sentido clásico como “ciencia de la felicidad pública”.

La pandemia, en definitiva, es como un laboratorio social donde quien lo quiera puede aprender algo más acerca de la lógica del cambio y la transformación en el plano de las estructuras y las prácticas en diversas esferas de las sociedades contemporáneas. ■

*Profesor titular de la UNIFE.

APRENDIZAJES EN MEDIO DE LA PANDEMIA

¿Escuela cerrada o clase abierta?

por Diego Rosemberg*

El chat de padres y madres de la escuela secundaria preuniversitaria hervía. Exigían un aula virtual para los chicos. Contenidos Delivery, ya. Hasta que un mensaje sonó disruptivo. No se proponía discutir a la escuela como un lugar imprescindible, ni el rol esencial de los docentes en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Solo intentó provocar con una idea: la escuela no está cerrada, abrió sus puertas para todos. El mensaje sugería mirar a la pandemia como una clase magistral universal.

La propuesta partía de la base de que una de las principales funciones de la educación es formar ciudadanos, y que a partir de la expansión del COVID-19 entramos en un aprendizaje práctico de, entre otras cosas, la responsabilidad social. Todo podría sintetizarse en el eslogan “cuidarte es cuidarnos”. De pronto, descubrimos que la salud es una construcción colectiva, que aislándose uno, no solo se preserva de la enfermedad, sino que evita contagiársela a otro, que usar barbijo protege a nuestro interlocutor de la posible transmisión del virus, y lo mismo ocurre con el distanciamiento social. Rápidamente también entendimos que hay grupos sociales más vulnerables que otros, que es necesario cuidarlos de manera especial y, en muchos barrios, se pusieron en marcha acciones solidarias para cooperar con ellos. Se trata de una de las mejores maneras de incorporar conocimientos y valores a través de la propia experimentación.

Pero la pandemia nos propuso asimismo otras lecciones. En las sobremesas familiares –más frecuentes que de costumbre–, emergieron debates habitualmente circunscriptos a la militancia política o a las comunidades académicas. En estas semanas todos tuvimos la posibilidad de escuchar y opinar sobre la tensión entre la salud y la economía, entre el rol de los Estados y el de los mercados y también sobre los riesgos y beneficios de las nuevas tecnologías: la georreferenciación y los trackeos que permiten detectar casos precoces de COVID-19, al mismo tiempo se convierten en sofisticadas herramientas de control social y posibilitan violar la intimidad –y por ende los derechos– de las personas. El aislamiento social, preventivo y obligatorio habilitó, además, intercambios sobre cuáles son los delgados límites entre las libertades individuales y las políticas sanitarias públicas. A su vez, nos obligó a posicionarnos sobre los derechos humanos cuando entró en agenda la controversia por la concesión de la detención domiciliaria a las personas privadas de su libertad, con el propósito de preservar su vida y de evitar un contagio masivo en las cárceles que

termine por colapsar el sistema hospitalario. Por su parte, la crisis económica que provocó la cuarentena abrió discusiones sobre la distribución de la riqueza y el derecho a cobrar impuestos a las grandes fortunas. Es decir, justicia social y política tributaria. El disparador para hacernos reflexionar esta vez no fue un texto de Foucault, Agamben, Zizek, Bauman, Oszlak u O'Donnell; alcanzó con la dura y costosa realidad –en términos económicos, pero sobre todo en vidas humanas– que nos toca vivir.

La pandemia, además, puso de relieve el valor solidaridad y el trabajo de la militancia social –fundamental en la organización de los barrios vulnerados en sus derechos–, así como también relegitimó al colectivo científico. Sobre todo en Argentina, un país que durante los años 90 mandaba a sus integrantes “a lavar los platos” y que en el gobierno de Cambiemos lo desfinanciaba. Los programas televisivos se llenaron de epidemiólogos e infectólogos que dieron clases públicas sobre las propiedades del COVID-19. Hasta el presidente

Alberto Fernández se ganó el mote de profesor de la Nación cuando proyectó sus “filminas” de ciencia y matemática.

Alberto Fernández se ganó el mote –carriñoso para algunos, sarcástico para otros– de profesor de la Nación, cuando ofreció en sus “filminas” lecciones de ciencia y matemática.

Todo esto sin tener en cuenta que durante el tiempo de la cuarentena hubo chicos y grandes que han adquirido habilidades como cocinar, tocar un instrumento, apreciar cierta filmografía, manejar nueva tecnología, asear la casa, entre muchas otras.

Por supuesto, tal como ocurre dentro de las aulas, las desigualdades sociales hicieron que la apropiación de estos conocimientos no sea homogénea, las condiciones de aislamiento no son óptimas en la gran mayoría de los casos; tampoco se trata de romantizar la cuarentena. Y, además, como en la escuela, el hecho de que haya clases no significa necesariamente que exista aprendizaje. ■

*Periodista y docente universitario; editor de *La educación en debate* y coordinador de ANCCOM.

LAURA PROETTO, DIRECTORA

La trama que teje la cuarentena

por Diego Herrera*

“En este momento difícil, se están creando vínculos comunitarios fuertes. Hay que tener esperanza”, opina Laura Proetto, directora del Jardín N° 909 de la localidad bonaerense de William Morris, municipio de Hurlingham. En 1990, Proetto inició su carrera docente en el Nivel Primario y, a los pocos años, también comenzó a dar clases en el Nivel Inicial.

El Jardín N° 909 recibe a 205 niñas y niños de tres a cinco años, y tiene ocho secciones divididas entre los turnos mañana y tarde. La institución, además, cuenta con una vicedirectora, con dos preceptoras por curso y con el apoyo de un equipo de orientación que también atiende las necesidades de otros establecimientos del distrito. La directora, además, destaca el trabajo de las dos auxiliares que se ocupan de la limpieza y de preparar los desayunos y las meriendas que se siguen sirviendo a pesar de la ausencia de clases: “Una de ellas es del barrio y nos ayuda a conocer las necesidades de las familias”.

La comunidad con la que trabaja esta institución es de recursos económicos escasos. “Estamos rodeados por dos asentamientos, cerca del arroyo Soto y a cinco cuadras de Camino de Cintura –describe Proetto–. Muchos no tienen agua potable y en la esquina del jardín hay una canilla donde van a llenar bidones varias veces al día. La construcción del Jardín N° 909, por otra parte, estuvo impulsada por los propios vecinos y vecinas de la zona. En otro momento –recuerda la docente– funcionó en una Iglesia y en algunas aulas de una escuela primaria próxima”.

Cuando las niñas y niños todavía podían asistir a la institución, se les daba un desayuno o una merienda (de acuerdo con el turno al que concurrían). Algunos días a la semana se les entregaba también un refuerzo de yogur o fruta. A partir del 16 de marzo, día en que se suspendieron las clases presenciales, esas comidas fueron reemplazadas por las entregas quincenales de bolsones. Cuenta la directora: “Viene todo a granel y nosotras embolsamos los alimentos junto con las auxiliares. La última vez se repartieron, por familia, dos litros de leche, papas, manzanas, un litro de aceite, arroz, fideos, polenta, harina, un puré de tomate, una lata de atún, una lata de arvejas, un paquete de vainillas y un paquete de galletitas de agua”. Proetto aprovechó esa última entrega para montar una estrategia pedagógica de emergencia: “Convocamos a las docentes para que las familias pudieran tener contacto con ellas. Organizamos muy bien los horarios con el fin de evitar aglomeraciones y guardamos las distancias en los contactos”. Esta vez, la escuela repartió tam-

bién algunos elementos para el sostenimiento de la escolaridad a distancia: lápices, crayones, hojas y revistas.

“Las familias salen muy agradecidas. Otra característica de nuestra comunidad es que muchas personas suelen trabajar por día o por hora. Son las más afectadas por no poder salir”, se preocupa la directora. En este escenario tan delicado, no obstante, Proetto advierte que proliferan los gestos de respeto y solidaridad: “Las familias también nos cuidan a nosotras. Cuando se acercan a la escuela se preocupan mucho por mantener la distancia, se cubren la boca con algún barbijo hecho en sus casas y respetan los horarios que les damos”. Y agrega: “Ayer recibí un mensaje de agradecimiento de una mamá que está atravesando un momento muy difícil. Estas cosas reconfortan mucho”. También emergen a diario escenas de ayuda mutua: cuando una madre no puede retirar un bolsón, siempre hay alguien del barrio que puede ir a buscarlo por ella y no falta la maestra que pone su auto para acercar los alimentos a alguna casa.

En cuanto a lo estrictamente escolar, docentes y autoridades debieron apelar a la creatividad para enfrentar una situación inédita. “Apenas tuvimos dos semanas en contacto con los niños y las niñas –relata la directora–. Quienes tienen tres años recién hacían su primer acercamiento al jardín”. Luego de una primera sensación de perplejidad, se diseñaron algunas estrategias que garantizaran la continuidad pedagógica: “Creamos un Facebook del jardín para subir actividades por sección. Es un recurso que las familias suelen manejar y, por otra parte, la mayoría no cuenta con la conectividad necesaria para hacer una clase en vivo”.

La corta edad de quienes asisten al jardín de infantes genera otro tipo de desafíos educativos. Los alumnos y alumnas aún dependen por completo de la ayuda de una persona adulta para realizar las actividades. Pero, sobre todo, señala Proetto, “no podemos dar fríamente una actividad sin trabajar el vínculo, sin construir confianza y afecto”. La directora también da cuenta de algunos cambios que fueron implementando con el andar de las clases a distancia: “No sabíamos si las actividades se estaban haciendo ni cómo. Entonces, empezamos a pedir a las familias que nos mandaran algún audio, video o foto que registrara la realización de la tarea”. Las actividades que se propusieron durante la cuarentena son variadas: armado de títeres, trabajo con autorretratos confeccionados con recortes de fotos de revistas y juegos con música y baile. ■

*Licenciado en Ciencias de la Comunicación e integrante del equipo editorial de UNIPE.

ANA KRICHMAR, MADRE

“Priorizo la salud mental y espiritual”

Ana Krichmar es productora audiovisual y vive en Parque Chacabuco junto con su compañero-investigador y profesor universitario- y los hijos mellizos de ambos, que cursan cuarto grado en una de las escuelas públicas de su barrio: la Primaria N° 17. “Tenemos el privilegio de vivir en una casa con patio”, dice la entrevistada.

¿Cómo es la situación laboral de los adultos del hogar?

Podemos trabajar a distancia. Mi compañero es el que está trabajando más, porque yo estoy dedicándoles mucho tiempo a los chicos.

¿Qué pasó con las tareas escolares a partir de la suspensión de las clases presenciales?

Un domingo a la tarde avisaron que al día siguiente no habría clases. Los chicos tenían las mochilas y las viandas preparadas. Desde la escuela empezaron a llamar por teléfono a algunas familias para que retransmitiéramos las novedades en los grupos de Whatsapp: avisaron que iban a publicarse actividades en el blog de la escuela y en la plataforma Edmodo.

¿Con qué dificultades se encontraron al momento de realizar las tareas?

Como están en cuarto grado, mis hijos ya deberían haber recibido las *netbooks* de parte del Gobierno de la Ciudad. Sin embargo, no las tienen. Tenemos la suerte de tener dos computadoras en casa, pero son también nuestras herramientas de trabajo. Hay otras familias que no tienen computadora ni acceso a Wi-Fi. Para esos casos, la escuela deja unas fotocopias en un local del barrio, pero no está todo el material y a las familias se les complica salir. La educación virtual está acrecentando la desigualdad. Por suerte, las autoridades

de la escuela y las maestras son sensatas y, por un lado, no mandan mucha tarea y, por el otro, no ponen fecha límite para las entregas.

¿Es posible que niños y niñas resuelvan las actividades de manera autónoma?

Es imposible, pero es algo que no se dice. Por empezar, mis hijos no tienen interés en hacerlas. La hacen porque les insistimos mucho. Estamos improvisando el acompañamiento y nos está costando mucho entender cómo quieren las docentes que se hagan las tareas. No quiero imaginarme en una casa donde no se tiene manejo de Informática o de contenidos escolares. Acá nos fuimos repartiendo las tareas de apoyo escolar por materia. Pero no somos docentes.

¿Cómo manejan esa situación para la que no están preparados?

No queremos trasladarles presión a los chicos. Como máximo, llegamos a trabajar dos horas por día. La verdad es que priorizo cuidar la salud mental y espiritual de todos. Si veo que el clima no está para hacer la tarea, se suspende y seguimos otro día. Mientras, tratamos de hacer otras cosas que nutran de algún modo a los chicos.

¿Qué tipo de cosas?

Vemos películas y las comentamos, por ejemplo. Estoy tratando de tener una oreja más atenta para corregirles algunas expresiones que usan cuando hablan. Uno de los abuelos les manda desafíos matemáticos que encuentra en Internet. También es una fiesta que tengamos más tiempo para jugar. Para nosotros, jugar en casa no es una novedad, pero era algo que antes sucedía solo los fines de semana.

En cuanto a los lazos comunitarios, ¿hay algo que estemos aprendiendo durante la pandemia?

Veo bastante positivo el funcionamiento de grupo de WhatsApp de madres y padres, que suele ser algo bastante poco útil. Ahora buscamos la forma de usar ese medio para ayudarnos entre las familias. Por ejemplo, nos organizamos para mandar las fotos de las tareas al padre de una nena que no tiene Wi-Fi ni computadora. O se informa cuándo las familias que usaban el comedor de la escuela pueden retirar las viandas. ■

D.H.

JUAN GOLDÍN, DOCENTE

La importancia de construir vínculos

“Ojalá que nos encontremos pronto en el aula para discutir el texto que leímos”, “Ansío el momento de estar en el aula” o “Cuándo se va a terminar este martirio” son frases que Juan Goldín jamás hubiera imaginado leer de parte de sus alumnas y alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires (CNBA). Este profesor en Filosofía también enseña Latín en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). “Durante esta cuarentena, los supuestos nativos digitales están valorando muchísimo los encuentros presenciales que no están teniendo. El encierro les genera una carga importante de frustración. Puede que esté exagerando un poco, pero hasta diría que están empezando a odiar los dispositivos tecnológicos”, sostiene.

Por un cambio en el Plan de Estudios, este cuatrimestre el docente tiene solo un grupo pequeño de cursantes de Latín en la universidad: “Les doy clases sincrónicas a través de una aplicación de videollamadas. Están cursando de una manera más personalizada y voy a su ritmo”. La experiencia en el CNBA, en cambio, está resultando un poco más compleja. “Las clases comenzaron más tarde que en otras escuelas –cuenta Goldín–. La institución se tomó su tiempo para organizar el campus en la plataforma Moodle y me pareció una

buena decisión. Se gana en organización si todo el cuerpo docente trabaja en una única plataforma”.

Sin embargo, este primer acierto organizativo estuvo seguido de algunas dificultades. “Antes de organizar el campus –opina–, se debería haber hecho un trabajo para conocer mejor con qué recursos cuenta cada estudiante y cada trabajador del colegio: de qué espacio dispone, cuántas computadoras hay en cada casa, con qué celular se cuenta, si se tiene Wi-Fi, etc.”. Goldín fue profesor en escuelas secundarias no universitarias, donde rige la Ley de Educación Nacional (que establece la obligatoriedad de la educación secundaria), y también asesor pedagógico en el Colegio Sarmiento de Retiro. Esa experiencia previa le permitió profundizar una subjetividad solidaria con el apuntalamiento de las trayectorias escolares, que considera tarea de todos los docentes de la escuela. En el marco de esa convicción, la primera actividad que propuso en el campus del CNBA consistió en que cada estudiante suera una canción y un breve texto que funcionaran como presentación personal. Piensa que no hay enseñanza-aprendizaje sin una construcción de los vínculos. ■

D.H.

“Una oportunidad para avanzar sobre el individualismo y las injusticias”

“Hay demasiadas cosas que me interesan y por eso todavía no sé qué voy a hacer de mi vida. A grandes rasgos, y adaptando la respuesta a la situación, me interesan las ideas, cómo se formulan; y las acciones que los humanos realizan para llevarlas a cabo, desde lo que proyectamos de nosotros, pasando por cómo queremos que sea el entorno en que nos movemos cotidianamente, hasta el país y el mundo que queremos. ¿Qué nos mueve en definitiva a hacer y buscar cambiar lo que hacemos? Lo que sí sé que necesito hacer, es volver a la vida social real. Me gusta salir a tomar un café, juntarme a charlar y discutir, escuchar gente, compartir un almuerzo, un asado, ir al cine, al teatro, a caminar por la ciudad con los que aprecio. Agregó que veo en esta crisis una oportunidad para avanzar sobre el individualismo y las injusticias, para reivindicar lo común sin caer en la distancia y volver a poder realizarnos en comunidad en un mundo muy cambiante.” (presentación virtual, en el marco de la materia Filosofía, de Santino Suárez Santellán, estudiante de 5° año del Colegio Nacional Buenos Aires)



En el **10° aniversario de su editorial**, la Universidad Pedagógica Nacional reafirma el compromiso con la difusión del conocimiento a través de libros y publicaciones en diversos soportes, destinados a la comunidad universitaria y a públicos lectores cada vez más amplios.

unipe
EDITORIAL
UNIVERSITARIA

editorial.unipe.edu.ar



UNIVERSIDAD
PEDAGÓGICA
NACIONAL

Staff

UNIPE: Universidad
Pedagógica Nacional

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Universitaria

Directora editorial
María Teresa D'Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera